más allá de un irónico costumbrismo y del agrado de una trama amena, la ambigüedad esencial de la historia humana.

La tercera parte de la trilogía es *Piratas y corsarios,* retablo de seis piezas cortas. *Mina* pertenece a la épica; *Filadelfia, paraíso de conspiradores,* a la comedia; *Piratas y corsarios,* a la novela del mar. Guzmán, en este pequeño libro, pinta episodios de esa biografía del Golfo de México que soñó terminar. Su título anterior, *Mares de fortuna,* describe con vigor el papel de ese espacio de la aventura. Sus héroes –Barba-Negra, Jean Lafitte, Gregor MacGregor, MacDonald y Luis Aury– no viven dilemas políticos o morales, sino situaciones oportunas para probar la suerte. En las revoluciones de independencia hispanoamericanas, ven la ocasión de intentar ambiguas empresas libertarias o rapiñas que son –por el solo hecho de hacer víctima al imperio español– justas. Al mismo tiempo, son piratas y corsarios. Cada uno –salvo Barba-Negra– ayuda a Martín Luis Guzmán a exponer la subversión de valores y la ambigüedad ética de todo tiempo revolucionario.

Hay quien dice que el libro sobre Mina es una novela. Decirlo es caer en la novela, es decir, en la ficción. Otros se contentan con llamarlo biografía. No es una cosa ni la otra. Algo parecido ocurre con *Filadelfia, paraíso de conspiradores* y con *Piratas y corsarios.* ¿Son crónicas o textos de historia y novelas cortas? El propio Guzmán lo respondió al publicar, en 1960, estos dos libros junto a los fragmentos "Axkaná González en las elecciones" y "Maestros rurales". El título del volumen fue *Filadelfia, paraíso de conspiradores y otras historias noveladas.* Guzmán no pretendió otra cosa que novelar la historia; en otras palabras: darle *apariencia* de literatura. ¿Cómo? Tratando a seres históricos como personajes de la ficción. Procede como narrador realista, no como historiador o biógrafo: imagina emociones, pasiones y pensamientos tenuemente hilvanados a los hechos, y elimina todo rastro de método o de ciencia.

Pausa impuesta por las circunstancias a la vocación periodística y reflexiva de Martín Luis Guzmán, estas historias noveladas no lo fueron para sus experimentos con la prosa. En ellas, Guzmán siguió buscando esa ligereza alada que se convirtió con los años en el sello de su estilo. Su ideal de la prosa –claridad, concisión y lógica extremadas– encontró aquí realización absoluta. Con libros de temas lejanos, Guzmán probó una estética destinada a interesarnos en todas las cosas y a animar, con palabras y sentencias directas pero eficaces, cualquier realidad. ◊

El exilio como condición humana

Cristina Múgica

El misticismo judío se abre como conciencia en la interacción incesante de Voz y escritura. En principio sujeto de una lengua "cuyo sentido se hace claro sólo en el momento en que se articula verbalmente" y sujeto que habrá de subvertirse negándose a establecer una relación de subordinación con la lengua "como condición de producción del sentido",* en su transcurrir recuerda que la lectura-escritura del mundo es, ante todo, proferimiento, actualización. Todo acto posee una tendencia que lo significa. El sentido de este acto místico es un *otro,* un escucha. Y es quizás aquí donde esta práctica exegética se traduce, en el nivel metodológico, en una perpetua consideración de su destinatario: el lector.

La práctica de la mística judía se establece como un vínculo en la tensión entre lengua y escritura; entre recepción y transformación –transfiguración; entre lo balájico y lo anómico;** entre el otro y el yo –donde ocurre el amor; entre un afuera y un adentro –dialéctica conformadora del yo; a fin de cuentas, entre el sentido y el sonido que somos.

Mundo de relaciones laberínticas cuyo centro se hunde en un Sentido inalcanzable, la ESCRITURA se manifiesta como un surtidor ininterrumpido.

La continuidad del universo escritural cabalístico se asienta en el retorno a la pregunta por el origen: del cuerpo a la palabra y de la palabra a la letra, temblor de la gota de mercurio. La letra, disparadero de la duda, desencadenante del desplazamiento.

Esta autoconciencia de la significación resulta la posibilidad misma de la creatividad de una escritura que no se ejercita "en una relación de subordinación con la lengua como condición de su producción de sentido, sino básica y primordialmente, como modo de producción de la lengua misma". La escritura abierta, susceptible de vocalizarse de distintos modos, es un espacio de libertad. Lugar donde interrogarse y ponerse en riesgo. "Terreno arenoso y movedizo" en el que ocurren también la psicología, la estética, la ética y la creación histórica.

"...la lectura, pues, deja de ser un simple (o complejo) problema de método para convertirse en una realidad, en una propuesta que involucra una concepción de la vida; una reflexión sobre la Escritura es, de hecho, una acción sobre el mundo."

Sonido y sentido

"El rollo de la *Torá**** –dice Asher en la Barcelona del siglo XIII– está escrito sin vocales para permitir que el hombre lo interprete como él lo desee –ya que las consonantes sin vocales conllevan varias interpretaciones y (pueden) dividirse en diversas direcciones."

"La *Torá* oral precede a la *Torá* escrita, pero una vez fijada por la letra, la primera no desaparece. El cablista recupera la segunda como huella y clave para entender la primera, la utiliza abiertamente para hacer frente un presente que debe ser llenado con la propia escritura, pero no por esto deja de lado la *Torá* oral, ya que es ella la que posibilita la multiplicidad de lecturas y la apropiación de su propio destino. Escribir es ante todo, aunque suene paradójico, inclinarse por la revelación oral." Me detengo en esta paradoja, porque aquí se vinculan sonido y sentido, quizá porque lo que hace patente la letra es la huella de la voz misma o, mejor dicho, la Voz que se desgrana en posibles voces, vocalizaciones de un texto que es el mundo, pues si "Dios es el único ser que sabe", al hombre, en cambio, "le ha sido concedida la facultad del juego, de la experimentación; siempre a partir de las leyes de combinación y permutación".

Exilio, escritura y creación histórica

El misticismo judío, "indisolublemente ligado al distanciamiento de su propia tierra y marcado negativamente por la destrucción del segundo Templo", da cuenta del mito y de la historia del exilio obligado, de la errancia. El texto viene siendo territorialidad

* Todas las citas pertenecen al libro de Esther Cohen *La palabra inconclusa* (siete ensayos sobre Cábala), UNAM, México, 1991.

** Lo halájico se refiere a la práctica legislada; lo apómico, a las actividades no reguladas.

*** La *Torá* es la Ley entregada a Moisés en el Monte Sinaí.

originaria y su lectura, un movimiento de retorno tendido hacia el futuro, recreación permanente del exilio y de la voluntad de pertenencia.

La mística pone de manifiesto el mito del exilio como condición humana, una incesante busca del sentido en el Sin-fin de Dios. "Desterrado y arrojado del Templo, el místico se propone la recuperación de la unidad a partir de su propia individualidad, ya sea mediante la unión mística o la escritura: la era de los profetas y de los caudillos, hace mucho tiempo ha terminado." Es la peregrinación, en cambio, la que configura significaciones, moradas capaces de albergar a los caminantes del *Zohar*. ****

"... detrás de cada comentario, detrás de cada explicación de la Escritura, hay en la Cábala todo un universo imaginario que responde por el vínculo de la palabra con el devenir de las cosas, de la palabra con la gestación de la historia."

Rostro, palabra, cuerpo

Al comparar el *Zohar* a la *Torá* con una doncella que sucesivamente se va mostrando a su amante hasta descubrir su rostro, "nos pone cara a cara con la historia, con toda una tradición caballeresca de amor cortés que dirige la lectura, con una especie de *ars amandi* que encuadra la relación entre el místico y la Biblia, entre el lector y el Texto." En este caso, este vínculo del cabalista con el amor cortés no sólo es un recurso imaginario; comporta también una marca simbólica: "El descubrirse el rostro es la marca del lector en la estructura del texto, la marca del amante en la vida de la amada." De este modo encuentra Esther Cohen vínculos significativos entre el proceso de la mística, el del amor cortés y el *dialogismo* bajtiniano, procesos pautados por un *eros* que preexiste y se opone al control cosificador: "la palabra sagrada, entendida en términos convencionales, no podría dejar espacio a la palabra profana del hombre. Y sin embargo, la Cábala sugiere, a pesar de que cae a menudo en contradicciones que surgen de un pensamiento tan audaz y atrevido, que la otredad es el fundamento mismo sobre el cual Dios construye los cimientos de su Creación. Si el imperativo es actuar y transformar, el mundo no es una obra acabada y el hombre es el "otro" que debe, necesariamente, responder". Esta respuesta encarna en la palabra viva, memoriosa, *quien* simultáneamente recrea el sujeto que responde y a la alteridad interrogante: "No hay que olvidar que el Texto no es sólo una serie de prescripciones o de narraciones sobre la propia historia, sino que es, en primera instancia, un corpus simbólico mediante el cual Dios se ha manifestado a los hombres." ◊

**** El *Zohar* o *Libro del Esplendor*, escrito en las últimas décadas del siglo XIII, pertenece a la Cábala medieval española.

Fondo de Cultura Económica

PEDRO ÁNGEL PALOU

EN LA ALCOBA DE UN MUNDO

...Yo era boletero del cine *Alameda*, ¿sabe usted?, así que, pues, puedo hablar de ellos, a veces solitarios, otras en grupo, se dejaban llegar. Recuerdo al señor del que usted pregunta: chaparrito, muy elegante, muy amable.
Siempre me decía: Hola, Panchito, cómo le ha ido, a veces platicaba de algunas cosas, le contaba las calamidades, las representaciones, le platicaba de la gente.

Una manera de ganarle al tiempo

Ernesto de la Peña

Los mexicanos, desde el nacimiento, resentimos el inequívoco compromiso que la muerte tiene con nosotros: su aparición puntual en una hora predeterminada, que no conocemos. Expertos en el arte del disimulo, forma suprema de la elegancia indiana, jugamos a no temerla, a despreciarla, a eludirla despojándola de su cauda de enfermedad y ausencia y, excesivos en todo, recubrimos de azúcar su cara descarnada y vestimos a modestos garbanzos de acólitos puntuales de nuestro sepelio.

Como sin querer darnos cuenta, abandonamos el gesto de desafío para buscar la reconciliación religiosa; dejamos el desplante verboso para entrar de lleno en el ritual: la adoración y el respeto como recursos "por si las dudas". De la piñata y el Judas, del mitote riesgoso y los puñales ebrios, sin transición, antes al contrario, viviendo con igual lealtad las dos mitades complementarias de nuestra realidad compleja, pasamos a los "incendios" de Dolores y los altares del Día de los Fieles Difuntos.

El cempasúchil múltiple, flor de tonos presurosos que viajan del amarillo al naranja, flor vital, incendio mínimo, disimulado, como nosotros, inunda los tableros adornados de papel picado y fotografías de los